

# relaciones entre novios

• FERINO SEDRAN, S. J.

**M**UCHAS parejas de jóvenes, fundamentalmente bien intencionados y aun de cierta práctica de sus deberes religiosos, viven la experiencia humana del noviazgo de manera demasiado instintiva, con carencia casi absoluta de ideas claras y sólidas convicciones acerca de sus relaciones mutuas. Aun prescindiendo de eventuales claudicaciones, debilidades e imprudencias, hay que lamentar la falta de una clara demarcación de límites entre noviazgo y matrimonio, con las perjudiciales consecuencias que esa confusión implica tanto en el plano moral como en el afectivo. ¿Por qué sería pecado antes del matrimonio lo que no lo es después? —se preguntan muchos jóvenes—, ¡el amor sigue siendo el mismo!

A estos interrogantes pretenden responder las páginas que siguen. Más que un catálogo de prohibiciones queremos brindar un enfoque positivo de las relaciones entre novios, evitando tanto la gatzmoñería como la ligereza. La moral católica es austera, exige mucho dominio de sí mismo y abnegación, pero no puede ser tildada de excesivamente onerosa o antipática cuando va acompañada de una alta motivación humana y religiosa.

## ¿QUE ES EL NOVIAZGO?

Es una pregunta a la que han contestado mejor los poetas que los moralistas. No se puede evitar cierto embarazo al querer expresar por conceptos una realidad humana tan rica y compleja. En medio de los múltiples rasgos que lo configuran: mútua comprensión, coincidencia de ideas y de planes, armonía afectiva, trato familiar y prolongado, diálogos y caricias impregnados de seriedad y de ternura, etc., sobresale un elemento esencial: su fundamental orientación al matrimonio. El noviazgo es la *antesala del matrimonio*.

En un intento de definición diríamos que es un período peculiar de la vida que precede y que está esencialmente orientado al matrimonio, como preparación al mismo en todos sus aspectos. Si al noviazgo le quitamos esta fundamental relación al matrimonio, pierde toda su seriedad y aún su misma razón de ser, para convertirse en algo tan vulgar e intrascendente como es el "flirt".

Esta perspectiva matrimonial es la que configura la índole del noviazgo: la riqueza humana y divina del matri-

monio cristiano tendrá que informar las delicadas relaciones prematrimoniales con un sello humano y cristiano. Analizamos a continuación el noviazgo en función de cuatro aspectos fundamentales del matrimonio como son el mutuo amor, la fidelidad conyugal, la fecundidad y la dimensión sobrenatural en cuanto sacramento.

### 1 — En función del amor.

El amor entre novios no puede ser considerado como algo perfecto y acabado, sino más bien como un dinamismo que tiende a perfeccionarse y a realizarse en el matrimonio. El noviazgo es para el amor lo que el seno materno y el hogar para el niño: el ambiente natural requerido para que el germen de amor que se halla encerrado en ese entusiasmo de los primeros encuentros pueda desarrollarse normalmente y alcanzar la madurez.

Ahora bien, el amor conyugal no es un mero encuentro en lo sexual, ni un mero acuerdo jurídico, sino la incorporación total de la persona del otro en la propia vida. Un amor que se extiende a todas las esferas del ser humano: a la esfera espiritual con una estima de verdaderos amigos, a la esfera erótica con una atracción cálida y exclusiva, y a la esfera sexual con una tendencia a la unión que hará de los dos "una sola carne". Un amor de la inteligencia, un amor del corazón y un amor de la carne, todo ello asumido por la caridad y santificado por la gracia sacramental.

Semejante amor resultaría imposible sin una auténtica valoración del otro como persona, sin encontrar y recono-

cer en él una dignidad tal que obligue al amante a asumir una actitud de respeto frente a él y hacia sí mismo. Es por eso que el amor, que es complacencia en la persona amada, sincera admiración por sus cualidades personales, impulsa a los amantes a una constante superación del propio egoísmo, cuyas aristas impiden la incorporación del otro en la propia vida.

El noviazgo es como el alborear de ese amor que lentamente tiene que ir creciendo y canalizando los impulsos del corazón no del todo exentos de egoísmo y de peligro de desorden. En esta perspectiva las manifestaciones de auténtico cariño, impregnadas de dignidad y de respeto, tienen toda su razón de ser, mientras que las explosiones de la pasión sexual, que van en busca de una satisfacción egoísta, resultan chocantes y sin sentido. Las muestras de cariño dignifican a la persona amada, son como un reconocimiento externo de sus valores íntimos; los contactos sexuales, por el contrario, tienden a envilecerla y comprometen seriamente la estabilidad de ese amor en ciernes.

### 2 — En función de la fidelidad.

"¿Qué es la fidelidad —se pregunta Pío XII en uno de sus discursos a los recién casados— sino el religioso respeto del don que cada uno de los esposos ha hecho al otro, don de sí mismo, de su cuerpo, de su mente, de su corazón, para toda la vida, sin otra reserva que los sagrados derechos de Dios?" (1) El amor, tan tierno y espontáneo en los

(1) Pío XII, *La Familia Cristiana* (Discursos a los recién casados), Ed. Poblart, 1951, Nº 327.

comienzos, se irá convirtiendo en fidelidad a medida que pasen los años y los encantos de la juventud se desvanezcan.

El noviazgo tiene que estar orientado desde los primeros estadios hacia la fidelidad conyugal. La riqueza y frescura de los afectos, el trato íntimo y cordial, no tienen que estar reñidos con una conducta austera y una sana desconfianza del instinto y de la propia fragilidad. En toda convivencia matrimonial, por normal que sea su desarrollo, hay períodos en que el amor tendrá que limitarse a la esfera erótica y fraternal: los meses que preceden y siguen a los partos, la prudente limitación de los hijos, las ausencias debidas a la profesión, sin contar con las eventuales enfermedades, guerras, emigraciones, etc.; si los novios no se han educado en una severa disciplina del instinto sexual estarán expuestos el día de mañana a las relaciones adúlteras, a las satisfacciones solitarias y a trastornos sicológicos de toda índole.

### 3 — En función de la fecundidad.

Todo el dinamismo que Dios, autor de la naturaleza, ha infundido en el corazón y en la carne de la pareja humana está orientado a la procreación de nuevos hijos de Dios. Pero el brote de nuevas vidas no puede ser sino el fruto de un amor que ha llegado a su plena madurez en el matrimonio. Durante el noviazgo, cuando el amor está todavía en gestación, no puede dar sino frutos ácidos.

Los jóvenes partidarios de la unión y experimentación sexual previa al matrimonio no tienen en cuenta los factores sicológicos que tienen que acompañar

a la unión sexual. Un autor moderno hace la siguiente observación: "La mujer necesita estar síquicamente distendida y libre de preocupaciones para entrar confiadamente en la exaltación corporal. Todo sentimiento de temor o ansiedad actúa estrechando los órganos maternos receptivos, contrayéndolos fuertemente. Obsérvese que en idéntica situación síquica también están dificultados los movimientos de deglución. Existe el peligro de que se repita esa contracción en cada aproximación sexual como resultado de la fijación de dicha situación vital. ¿Qué sucede cuando fracasa la tentativa? Se forma en ambos novios un sentimiento casi incontenible de minusvalía corporal. ¿A cuál de los dos debe atribuirse la falta de éxito en la prueba? La consecuencia puede ser la no realización de un matrimonio...". (2)

Semejantes experimentos precoces, lejos de ayudar, dejan al alma turbada y al cuerpo insatisfecho. "Entonces se abrieron los ojos de ambos y vieron que estaban desnudos": como la primer pareja humana, no recogerán sino amargos frutos que enturbiarán la dulzura de sus encuentros futuros.

Estos experimentos sexuales implican además un desafío al espíritu creador de Dios que se vería como forzado a crear un alma inmortal en un contexto humano tan inepto para acoger una nueva vida.

Sin aventuras perjudiciales que atentan de manera tan flagrante contra el plan de Dios, el noviazgo va creando gradualmente las condiciones ideales para el encuentro culminante del que ha de brotar una nueva vida humana. La armo-

(2) PROHASKA, Leopold, *Pedagogía sexual* (Sicología y antropología del sexo), Ed. Herder, Barcelona, 1960, pág. 243.



nía intelectual y sentimental que se ha logrado tras un largo trabajo de adaptación coadyuvará a que se logre una perfecta armonía también en la esfera sexual. El trato correcto y prolongado entre novios hará que se desarrolle normalmente la función sexual junto con sus órganos y templará espíritu y corazón para una entrega mutua verdaderamente humana y cristiana.

#### 4 — En función del sacramento.

La perspectiva cristiana del matrimonio es la que mejor configura la índole del noviazgo. Aun del punto de vista pedagógico es la palanca más eficiente para regular y dignificar las relaciones íntimas entre novios. La pareja que mira a su futuro matrimonio y logra descubrir la grandeza de su simbolismo cristiano con todo su maravilloso contenido sobrenatural está en las mejores condiciones para afinar sus afectos, mantener sus muestras de cariño dentro de los márgenes del pudor y se sentirá espoleada a prepararse para la alta misión de ser símbolo viviente de la unión de Cristo con su Iglesia.

Tanto en el matrimonio como en el noviazgo todas las relaciones tienen que estar informadas por la caridad: todo aquello que no puede ser asumido por la caridad tiene que ser eliminado. Los novios han de mirarse el uno al otro como a miembros vivientes del Cuerpo Místico, como templos del Espíritu Santo; sus encuentros han de ser tales que Cristo pueda verdaderamente hallarse en medio de ellos, de acuerdo a aquello del Evangelio: "Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18, 20). En lugar de amedrentarse con la idea del ojo vigilante de

Dios Juez que los mira y escruta sus corazones, tendrán que poblar su mente de estas grandes verdades cristianas que no se limitan a cohibir y frenar, sino que son creadoras de actitudes cristianas.

En síntesis: el noviazgo, antesala del matrimonio, tiene que ser un período de crecimiento en esta cuádruple perspectiva: maduración del amor, preparación para la fidelidad, condicionamiento de la fecundidad, coronación de la caridad.

#### ETAPAS DEL NOVIAZGO

Las consideraciones que acabamos de hacer, aunque útiles y necesarias como fundamento, son todavía demasiado genéricas. El noviazgo es una realidad compleja y matizada: debido a su larga duración y a su lógica interna se pueden discernir en él etapas bien diferenciadas con características propias y peligros peculiares.

Toda tipificación peca de inauténtica. Sin embargo es necesario acudir a ella como medio de expresión. Aquí presentamos un tipo de noviazgo dividido en tres etapas: la etapa del "flechazo", la etapa del "conocimiento" y la etapa de "los preparativos".

##### Primera etapa: el "flechazo"

Ya Cupido ha lanzado su flecha. Se ha producido el gran acontecimiento: ¡se aman! El mundo ha cambiado de repente su faz; todo cuanto los rodea, objetos, personas y acontecimientos, queda como transfigurado por la luz diáfana que brota de su corazón enamorado. Todo gravita hacia el centro de sus intereses y desvelos: espontáneamente los enamorados tienden a tributarse una mutua adoración; basta oír las expresiones

que brotan de sus labios y las rimas que ensayan esos improvisados poetas. En la tragedia de Shakespeare le dice Julieta a Romeo: "No jures, y si lo haces, júralo por tu gracioso tú, que es el dios que idolatro". El enamorado ve a su amada como envuelta por un halo de divinidad, queda impresionado por algo misterioso que aletea alrededor de su persona y que ha sido precisamente lo que lo ha atraído hacia ella.

Por eso los primeros estadios del noviazgo son casi siempre puros y limpios; hay una especie de estupefacción de uno frente al otro; la novia es un ser celestial que no se puede tocar, sería un sacrilegio soñar con ella de una manera impura.

La literatura y la poesía de todos los tiempos han encontrado en este extraordinario fenómeno humano una perenne fuente de inspiración. Pío XII en uno de sus discursos lo describe con pinceladas maestras: "En los primeros encuentros durante el noviazgo, con frecuencia todo era encantador: el uno prestaba al otro, con ilusión tan sincera como ingenua, aquel tributo de admiración que hacía sonreír, con indulgencia complaciente, a los que lo veían... Era la plena, la absoluta comunidad de ideas y de sentimientos en el orden material y espiritual, natural y sobrenatural, la armonía perfecta de los caracteres. La expansión de la alegría y del amor daba a sus conversaciones una espontaneidad, una viveza, un brío que hacía chispear las almas, brillar agradablemente el tesoro de los conocimientos que podían poseer, tesoro a veces bien escaso, pero al que todo contribuía para hacerlo valer". (3)

[3] Pío XII, Op. cit., N° 328.

Pese al encanto que ofrece habrá que vigilar el desarrollo de ese amor. En este primer estadio el peligro mayor que lo acecha consiste en exagerar esa espontánea admiración: lo que es un símbolo del amor de Dios tiende a desplazar al mismo Dios para convertirse en un absoluto. Como, por otra parte, la persona amada no puede satisfacer plenamente, sobreviene como consecuencia la decepción, el hastío o cualquiera de las degradaciones del amor. Si el peligro de caídas sexuales no es tan temible en los comienzos, tampoco es imposible. Aquí también los extremos llegan a tocarse: si pronto no llega a prevalecer la sensatez y el factor religioso no ocupa su lugar preeminente y moderador, esa admiración descabellada seguirá exigiendo más y más al amado; como en la esfera emotiva ya se están tocando los límites, inconscientemente se buscará ensanchar los horizontes del amor bajando a la esfera sexual. Si a esto añadimos el instinto de conquista, siempre latente en el varón, la innata tendencia de la mujer al abandono y la inexperiencia de ambos, vemos a qué abismos puede conducir esa insensata exaltación. Son esos noviazgos borrascosos y "románticos" que con frecuencia terminan en un fracaso rotundo. Soñaban con el "amor eterno" y de repente se han quedado con los pobres restos de un mito que su inexperto corazón había levantado.

Lo primero que hay que aconsejar es *sensatez*: tienen que ser siempre dueños de su cabeza, aunque entreguen todo el corazón.

### Segunda etapa: el "conocimiento"

Es la más larga y fecunda. Pasado ese período de entusiasmo y fascinación los



novios quedan uno frente a otro en mejores condiciones para tratarse, conocerse profundamente, valorarse con objetividad y realizar el trabajo de mutua adaptación y asimilación. Es el aspecto más serio de todo el noviazgo, en el que se echan las bases del acuerdo que quedará sellado ante el altar.

Evidentemente, a medida que pasa la época del flechazo, el factor físico del otro va llamando más la atención. De ahí la curiosidad de seguir conociendo más y más el objeto del amor y el deseo ardiente de tener alguna prueba tangible. Esa inclinación no es de suyo reproachable: es fruto espontáneo de la naturaleza y del amor que tiende a consumarse. Aquí es cuando tiene que entrar en juego la *discreción* para regular las muestras de afecto que los novios tienden espontáneamente a darse.

### Tercera etapa: "los preparativos"

Llegamos así al período prematrimonial, cuando ya se ha fijado fecha y se están haciendo los preparativos. Se supone que ya han llevado a cabo el trabajo de conocimiento y acuerdo consciente; ya han visto y comprobado que son el uno para el otro, se tratan con suma confianza sin que haya secretos para ellos. Probablemente han tenido que pasar por experiencias dolorosas tanto en el plano afectivo con dudas, roces y borrascas, como en el plano sexual con debilidades y sorpresas del instinto. Pero todo eso forma parte del pasado.

Llegados a esta altura, los que pueden en cierta manera vivir su noviazgo sin aprehensiones son los jóvenes bien formados y cimentados en la fe, mientras que los que no gozan de estas prerrogativas se ven expuestos a graves tenta-

ciones. Un trabajo subconsciente irá demoliendo paulatinamente sus reservas: el peligro de deshonor para la joven deja prácticamente de tener vigencia: siempre queda el recurso al sietemesino. El apetito largamente reprimido puede fácilmente forzar las compuertas del pudor; el deseo, sobre todo de parte del varón, se hace cada vez más acuciante y, por eso mismo, la mujer se siente más inclinada a complacerlo.

La experiencia enseña que muchas parejas naufragan cuando están ya muy cerca del puerto.

### RELACIONES ENTRE NOVIOS

Vamos a encarar más en detalle las relaciones íntimas, sobre todo las concernientes a la segunda etapa: a ese período en que el muchacho visita periódicamente a la novia, sale con ella a pasear en coche o por plazas y jardines, va al cine, al club, a la quinta de fines de semana...

a) *Visitas*. En primer lugar conviene insistir en la absoluta necesidad de las visitas y de la prudente libertad y holgura para conversar a solas, sin la odiosa presencia de terceros. Necesitan los novios de la intimidad para dar rienda suelta a sus sentimientos, para manifestar con toda libertad sus simpatías o antipatías, y principalmente sus criterios. Lo cual no quita que parte del tiempo lo pasen en familia, que es el ambiente más adecuado para conocer al otro en sus reacciones espontáneas frente a las distintas personas y situaciones.

La frecuencia de estas visitas ha de medirse de acuerdo a la duración del noviazgo y a la proximidad del matrimonio. La psicología y la experiencia enseñan que

no se puede llevar un noviazgo prolongado con visitas frecuentes en las que los novios se dan muestras de cariño, en sí mismas inocentes, sin encontrarse pronto en dificultades morales. El amor sigue su dinámica: si los novios se ven casi todos los días y se dan sin reparo ardientes muestras de afecto, difícilmente resistirán al deseo de entregarse totalmente. ¿Qué decir entonces de esas caricaturas de noviazgo como son las relaciones entre adolescentes de 14 ó 15 años? Si a esa edad, ni bien se han conocido, se entregan a besos ardientes y apasionados, uno se pregunta a qué muestras de cariño no han de acudir antes de llegar al remoto y dudoso matrimonio!!

El amor es una viva llama que hay que cuidar y alimentar, no sea que se extinga o se convierta en un incendio devorador. Durante las visitas periódicas los novios van alimentando esa llama traduciendo su amor en cálidos diálogos, tan serios como espontáneos, en gestos nobles y delicados, procedentes de un cariño sincero, de una voluntad firme y de una mente siempre lúcida y serena. El mutuo conocimiento y los acuerdos fundamentales han de brotar de un trato prolongado, humano y cordial: si el amor ciego es reprochable, lo son mucho más la frialdad, el cálculo y la pose afectada.

El riesgo que estas visitas implican es menester correrlo si no se quiere encontrar luego con sorpresas dolorosas y con problemas insolubles que no han aflorado antes por la imposibilidad física o moral de ventilarlos. La manera concreta de realizar los encuentros está supeditada a las costumbres nacionales y familiares, a la clase social, al temperamento de los novios, a la etapa del noviazgo. Sería superfluo entrar en detalles: eso co-

rresponde a la discreción de los interesados y a la dirección espiritual.

b) *Manifestaciones de afecto.* Supuesta una buena voluntad básica de querer vivir el noviazgo cristianamente, no cabe duda que el escollo más difícil de salvar es el de las manifestaciones de cariño. Los jóvenes se encuentran con frecuencia perplejos, se preguntan ansiosos dónde está el límite de lo permitido y de lo prohibido, deseando quedarse en el justo medio entre una actitud fría y una inquietante morbosidad. Su inexperiencia y el desconocimiento de la manera de ser y reaccionar del otro los expone a peligrosas jugadas del instinto ciego y de los movimientos reflejos del propio organismo que, pasando ciertos límites, ya no obedece a las palancas de la libre voluntad.

Sin entrar en detalles de casuística —para eso remitimos a los autores de moral y a los directores espirituales— asentamos aquí algunos criterios orientadores.

No hay joven medianamente formado que no comprenda que le están vedadas bajo pena de pecado mortal todas aquellas relaciones íntimas que no son sino los preliminares de la excitación sexual, aunque no tenga intención de llegar a ella, ni de consentir en el eventual placer venéreo. “La conmoción sexual —afirma Bernhard Haring— apetecida directa y conscientemente, forma un todo indivisible. Hay que saber que quien premeditadamente se adelanta por este terreno, con ligereza y sin temor, cae en un engranaje. Los menores placeres sexuales, conscientemente apetecidos y probados, son el camino que conduce a la satisfacción completa; no porque incluyan forzosamente la intención subjetiva



directa, sino por su tendencia y dinámica intrínseca". (4)

Y ¿qué pensar de las manifestaciones afectivas que de suyo no están encaminadas a la excitación sexual, pero que por la repercusión que tiene la esfera erótica sobre la sexual, pueden degenerar en intimidades pecaminosas? Entramos en un campo en que una serie de factores tienen que ser tenidos en cuenta: además de la rectitud de intención de parte de los novios que con toda sinceridad quieren vivir un amor casto, se requiere un criterio sano y equilibrado para medir la trascendencia de esas muestras de afecto en relación al cuidado y fomento de la llama amorosa, con el peligro de incendio que implican. Tratándose de una pareja de jóvenes serios y templados que sólo de manera muy remota están expuestos a ofuscaciones, nada hay que objetar. Si, por el contrario, el peligro de claudicar es considerable, tendrá que estar de por medio un motivo muy serio para permitir ciertas efusiones afectivas; pongamos el ejemplo de un noviazgo auténtico en el que se pueden cifrar grandes esperanzas en todo sentido. Si estuviera amenazado de rompimiento por haber surgido serias dudas acerca de la sinceridad y exclusividad del amor, en ese caso se podría permitir muestras de cariño más cálidas y convincentes, con tal que nunca se tuerza la intención, que no haya peligro próximo de pecado mortal y que la voluntad no flaqueé ante una excitación no pretendida.

### EDUCAR PARA EL NOVIAZGO

Sin una seria y paciente educación de los sentidos, del corazón y de la mente, el noviazgo estará siempre muy expuesto

a peligros y fracasos. Padres de familia, sacerdotes y educadores tienen que reconocer que los jóvenes llegan menos preparados al noviazgo que al matrimonio: en muchos casos su saludable intervención llega demasiado tarde, cuando la medicina preventiva resulta inútil y hay que aplicar una enérgica terapéutica o una intervención quirúrgica para cortar con relaciones que se han vuelto insostenibles.

Es indispensable que los jóvenes se conozcan a sí mismos y conozcan la manera de reaccionar del otro, teniendo bien en cuenta los riesgos a que se exponen en las mutuas relaciones, sin necesidad de recargar las tintas ni de crear obsesiones que a la larga producen vértigo. "La experiencia, así como el profundo examen de la estructura sicosomática de los jóvenes y muchachas, nos muestra cuáles son los peligros específicos que les acechan, procedentes principalmente de la esfera corporal en el sexo masculino y de la esfera anímica en el femenino" (5).

#### a) *Fuerza y flaqueza de la mujer.*

La mujer tiene primordialmente el deber de mantener las relaciones amorosas en el plano espiritual y erótico; tiene en cierta manera que "mantener a raya" al novio que por instinto tiende a propasarse. Su misma constitución sicosomática le confía a la mujer esta misión purificadora del amor, como también el instinto de conservación, ya que las consecuencias gravosas de las experiencias sexuales precoces vienen a recaer principalmente sobre ella.

La mujer está hecha para el amor, para el hogar, para la familia; en ella el amor asume toda la persona. Mientras el

(4) HARING, Bernhard, *La Ley de Cristo*, Ed. Herder, Barcelona, 1961, Vol. II, pág. 365.

(5) PROHASKA, Leopold, *Op. cit.*, pág. 226.



varón puede con más facilidad desentenderse de sus afectos para dedicarse al trabajo, a la vida pública, a los deportes, etc., la mujer no logra hacerlo sino tras enormes sacrificios. De ahí su predisposición a confundir los límites del amor con los de la moral: "Está en la naturaleza de la mujer que en donde pone su amor ya no cree que sea posible el pecado. Está tan dominada por la profundidad de sus sentimientos, que le falta criterio objetivo" (6).

La compasión, así como constituye su fuerza, puede convertirse en su principal escollo. Cuando el noviazgo se desenvuelve dentro de una confianza plena, el joven le confiesa a la novia los problemas que se le presentan en la guarda de su castidad; la mujer, madre al fin, siente despertar su vocación redentora y querrá ayudarlo a toda costa. La pendiente se pondrá cada vez más resbalosa cuando el muchacho empieza a hacer presión sobre la débil voluntad femenina con ruegos, protestas de frialdad o amenazas de poner fin a las relaciones. A la mujer se le hace muy cuesta arriba contradecir estas pretensiones: tanto su innata tendencia a agradar, como el temor de perderlo, la exponen a muy serios peligros de querer "darle el gusto", aun con repugnancias de su parte.

Pero lo que más compromete a la mujer es la imperiosa necesidad de protección que siente ante el varón: el deseo de poder apoyarse en él, de abandonarse confiadamente en sus brazos. Lamentamos tener que oír a veces estas palabras sutiles y muy femeninas: "No me puede nunca faltar el coraje necesario en las relaciones con mi novio, pero me gustaría saber qué ocurriría si yo fuese

la más débil. Sería tan agradable poder apoyarme en él!" (7).

#### b) *Responsabilidad del varón*

Siendo así el alma femenina se desprende la gran responsabilidad que tiene el varón en la conducción del noviazgo. La mujer pone la ternura de su corazón y su fina espiritualidad, el varón la fuerza de su voluntad y la lucidez de su mente que lo capacita para una mayor objetividad en el amor.

"En el hombre lo que es decisivo es la voluntad de merecer la confianza de la mujer. Esta está frecuentemente dispuesta a todos los consentimientos: "Lo que diga él", es expresión frecuente en la mujer. O bien: "No me planteo problemas, eso hubiese sido dudar de nuestro amor". Estas reflexiones ponen de manifiesto el poco juicio que demuestra la joven cuando está enamorada. ¿Sabrá mostrarse digno el hombre de una tal confianza? Ante la espera de este ser que tan pronto se entregará, ¿responderá la fuerza viril haciéndose cargo de su debilidad, no para abusar de ella, sino para afianzarla?" (8).

Los jóvenes, aun los de vida desgarrada, suelen ser muy exigentes en lo que atañe a la moralidad de las chicas y suelen quejarse amargamente de las deficiencias que hay en este sentido. Sin embargo, habría que inculcarles el papel primordial que ellos mismos tienen en la formación de su novia. "¡Cuánto amor y cuánta delicadeza en el alma y en el cuerpo de la joven virgen son confiados al hombre! Una auténtica y fuerte masculinidad se revela en el joven que res-

(7) HEILLY, A., Para noviazgos cristianos, Ed. Euramérica, Madrid, 1961, pág. 73.

(8) HEILLY, Op. cit., pág. 73.

(6) PROHASKA, Op. cit., pág. 241.

peta y deja intacta a la muchacha que, confiada, se deja abrazar por sus protectores brazos. En este abrazar y respetar se muestra la verdadera hombría, la fuerza creadora del hombre, que forma y perfila a la mujer de acuerdo con su imagen interior de ella" (9).

En la práctica, la norma más sabia la dicta la *caridad* que impulsa a ambos a renunciar a las propias satisfacciones para buscar el bien del amado y evitarle tropiezos. Por poco que se conozcan se darán cuenta muy pronto qué es lo que turba al otro y compromete su equilibrio interior. La mujer tiene que evitar exagerar las líneas de su cuerpo: aunque ella se sienta inclinada a hacerlo no por fines rastreros, sino para despertar la admiración y avivar el amor, no puede dejar de ver la manera de reaccionar tan distinta que tiene su novio frente a ella. En lo que respecta a las muestras de cariño no ha de ser ella la que tome la iniciativa: así como en el matrimonio corresponde principalmente al varón solicitar a la mujer, así también en el noviazgo conviene que la mujer se mantenga en una actitud femenina de recato y pasividad. Si la novia se muestra excesivamente solícita por recibir muestras de cariño probablemente la reacción del novio sea destemplada. El varón, por su parte, ha de evitar colocar a la joven en una situación de indefensión interior con actitudes demasiado agresivas o con exigencias tácitas y solapadas.

(9) PROHASKA, Op. cit., pág. 239.

Sería inútil seguir insistiendo en las obligaciones de cada uno si los novios no llegan a un acuerdo acerca de sus relaciones que los comprometa a asumir una actitud prudente y magnánima. "Muchos no se preocupan más que de las fronteras de lo "permitido" y de lo "prohibido". Esta actitud lleva a una doble consecuencia: a fuerza de querer ir hasta los límites de lo permitido se pierden en esa región peligrosa y ensombrecen su noviazgo con caídas más o menos lamentables; por otra parte, y esto es aún más grave, deforman su conciencia aferrándose a una concepción jurídica de su pureza, de su amor y de su fe" (10).

### LA GRACIA DE CRISTO

En todo noviazgo, por más preparación que haya tenido la pareja y por más precauciones que se tomen, hay que contar casi siempre con debilidades y borrascas. El factor sorpresa juega en los enamorados un papel muy importante. En esos casos, educadores y confesores han de procurar devolverles en seguida la paz, la alegría y el ánimo de seguir adelante. Hacerles ver que lo que ellos han estropeado con su imprudencia y debilidad, Cristo, con su Gracia Santificante, lo reconstituye en su prístina pureza. ♦

(10) L'anneau d'or: Noviazgo, Ed. Euramérica, Madrid, pág. 70.

Algunos enfoques del presente estudio provienen del curso dictado en 1960 por el R. P. Enrique Fabbri S. J. en el Instituto Regina Apostolorum: "Sentido teológico de la mujer consagrada a Dios" (ad instar manuscripti).